

## Nacer de nuevo

Por Marcelo Dorfsman<sup>1</sup>

Llegué a Israel el 7 de mayo de 2003. Tenía entonces 43 años, y la sensación de que comenzaba a vivir la segunda mitad de mi vida.

Antes de mi partida solía decir: "ya viví la mitad de mi vida en Buenos Aires; ahora, es el turno de Israel..." y así repetía esta frase que, como otras que habíamos acuñado en esa época, me ayudaba a elaborar el desgarramiento profundo y doloroso que se siente al dejar la casa, la familia y los afectos para ir hacia lo desconocido...

Suena raro decir que Israel es "lo desconocido", para un judío, que se define como sionista, activo e involucrado, y además, que visitó Israel tres veces en su vida antes de la aliyá. Y sin embargo, al llegar a Raanana, al Mercaz Klitá, se da uno cuenta de que esas calles son otras, los sonidos son otros, la radio y el diario son otros...

La nueva frase que acuñé entonces, al llegar a Eretz, fue que hacer aliyá fue como "nacer de nuevo". Nacer es un momento único, irreplicable, es casi un privilegio. Nadie elige "nacer". Es un hecho consumado, es dado y no es posible rechazarlo, no por lo menos en lo inmediato.

Y sin embargo, cuando emigramos y, en particular, cuando hacemos aliyá – que no es exactamente lo mismo – tomamos la decisión de volver a nacer y de re-aprender buena parte de lo que ya aprendimos. En los primeros días, en el Mercaz Klita de Raanana, la oficina de Frida (la encargada de la casa – "em habait") era paso obligado para mí.

"¿Dónde compro la leche?" "¿cómo saco plata del banco?" "¿dónde consigo útiles escolares?" y miles de preguntas más que, para quien tiene 43 años, ya son parte de una rutina invisible que no es necesario volver a inventar.

Observar en mí, en mi esposa y en mis hijos de qué manera cada uno se manejaba frente a los dilemas del día a día, se convirtió en uno de los aspectos más ricos e interesantes de la aliyá.

Shirly, mi hija mayor, me pidió que la acompañase a buscar trabajo. Fuimos juntos al shopping a buscar negocios en los que se pedían empleadas. El primer lugar que elegimos fue un bar. Ella me miró y me dijo: "bueno, ¿entrás conmigo?"... y le respondí: "No, yo te acompañé hasta acá, pero la que busca trabajo sos vos, entrá sola." Ella me miró, lo pensó y dijo: "ok".

Al otro día, y luego de entrar a varios lugares, consiguió dos trabajos de los cuales eligió uno... Daniela tuvo tiempos difíciles, pero el marco social y el deportivo fueron de gran ayuda. El verano del 2004, pasados los primeros 15 meses en Israel, era su primera oportunidad de regresar de paseo a Buenos Aires. Por diferentes circunstancias, todos íbamos a ir... Dos meses antes del ansiado viaje a Buenos Aires, Dani recibió la invitación de su entrenador de Voley para participar en un equipo representativo de Israel en las macabiadas de EEUU. Ella sabía que era un viaje, u otro... Nos preguntó qué hacer, y le dijimos que no podíamos decidir en su lugar, que solamente podíamos ayudarla a pensar... la decisión fue muy difícil. Daniela viajó ese año a EEUU, esperó un año más para viajar a Argentina. Ella había resuelto su dilema, y lo había hecho con mucho dolor, pero con mucha entereza.

Javi tenía 9 años al llegar a Israel, y fue posiblemente quien más temprano captó "los cambios". Muy

<sup>1</sup> De *Historias de Aliyá*. Elaborado por Juliot, Majon Latinoamericano de Estudios Judaicos. Raanana, 2008.

pronto se hizo amigo de varios chicos de su edad, algunos en el Mercaz Klitá, otros en la escuela, casi todos olim y latinoamericanos. Él bajaba los dos pisos de nuestra casa en el Mercaz, y jugaba en los patios con los chicos que encontraba.

Un día, a pocos de llegar, le dijo a Lili (mi esposa) que iba a ir al shopping, caminando. El shopping está a unas 20 cuadras del Mercaz, y eran días de mucho calor. Lili le dijo: ¿van a ir hasta el shopping, solos? A lo que Javi le contestó: "mamá, estamos en Israel!"...

Muchas veces me pregunté qué es lo que pensó Javi al decir esta frase, y cómo es que llegó a ella. Pero finalmente, la atribuí a aquella capacidad casi innata que tenemos los hombres, y cuantos más chicos más desarrollada, de adaptarnos a las nuevas situaciones y de encontrar en cada nuevo paso, nuevas y más adecuadas explicaciones para ello.

La alía amplificó estos momentos, y cada logro de cada miembro de la familia se convirtió en motivo de festejo: la primera buena nota, los primeros logros en la universidad, el guius y luego el shijrur... toman un gusto y valor especial cuando es acá, en el nuevo hogar.

Y también nuestros logros: el primer trabajo, los primeros pasos y adelantos, son vistos por nuestros hijos como importantes, porque "son acá".

Como digo, un nuevo nacimiento que uno decide en vida. Y para nosotros, como papás, otra posibilidad más de ser ejemplos para nuestros hijos. Ejemplo de que se pueden tomar decisiones, hacerse cargo de nuestra propia vida, equivocarse, caerse y también levantarse. Reinventarse a cada paso, y seguir intactos en nuestros ideales, intactos con nosotros mismos.

Tomar la decisión, un poco valiente, un poco inconsciente, pero muy, muy audaz... de nacer de nuevo y arrastrar con nosotros a toda una familia... en esta aventura.

